

La revancha de la imaginación

Carlos Andrés Salazar Martínez

Doctor en Humanidades, Ingeniero, casalazar@gmail.com

A Luz A. Mar

En la casa siempre hubo un niño que fue ejemplo. El niño de Pedregal había muerto por jugar con pólvora, por abrir la nevera acalorado, por quedarse en la cancha hasta tarde, por no portarse bien con la mamá y hasta por aguantarse, por un tiempo significativamente prolongado, quizás más de lo necesario, un pedo. La fórmula, aunque sencilla, nos hacía pensar en las causas por las cuales un niño puede, efectivamente, toparse con la muerte y multiplicaba las rutas de lo posible al interior de la casa.

El destino del niño de Pedregal, en cada una de sus versiones, estaba inexorablemente unido a la tragedia. Sin embargo, no solo ese niño y sus innumerables clones murieron una y otra vez por su reprochable comportamiento. Por desobedientes, de igual manera, hubo muchachos y muchachas, abuelitas y abuelitos, vendedores de aguacate y hasta de mazamorra con bocadillo.

Puede parecer exagerado, pero el mundo estaba realmente desbarajustado. Las noticias hacían que cerráramos rápido la puerta para que la realidad no entrara. Las personas morían por tener un nombre, un aspecto o un caminado parecido al de aquel que había sido señalado; por esperar el bus, por cruzar una marca, por ganar un partido, por tener tenis bonitos, por gustarle a una chica. Todos, motivos para los cuales era difícil establecer una relación de la causa con su efecto.

Y es que, ante acontecimientos sin sentido, cualquier cosa era posible para la imaginación de una mamá que siempre tuvo un palpito como emoción anticipatoria. En este caso una imaginación no para torcer el orden de las cosas sino para reestablecerlo. Evitando, ante todo, el ridículo. Impidiendo que las posibilidades de no seguir con vida por ser hijo o hija, padre o madre, esposo o esposa nos alcanzaran.

La fantasía fue suficiente para hacernos permanecer en ese segundo piso. Logró evitar que tomáramos distancia. Que intentáramos aventurarnos a salir a una ciudad anquilosada por sus miedos.

Teníamos todas las imágenes sobre el afuera y el adentro en una tensión que nos confrontaba con nosotros mismos y que se fundía con la realidad en la firme tranca de la puerta. Una realidad que nos golpeaba con mensajes que llegaban de un mundo sumido en el desastre.

Así, sin una comprensión clara de las causas y sus efectos la verosimilitud siempre estaba en juego y daba igual si era un niño o todos, lo realmente valioso eran los senderos posibles, aquellos de los amantes y los vínculos filiales, aquellos de los homenajes y las conmemoraciones, aquellos de las expectativas y las posibilidades.

El bisabuelo, por ejemplo, nos contaba historias de otros tiempos, momentos en los que la familia fue dueña de trapiches y haciendas. Relatos de un país en el que la violencia, por cuenta de los partidos, le arrebató todo. Pero en el que igual había persecuciones a caballo, cacería de guaguas, ríos indómitos y relatos de Tío conejo. Todo parecía tener una dimensión, una voluntad, una personalidad diferente en esos relatos. Titiribí era un pueblo rico como sus minas. Medellín fue una ciudad pujante como su gente. El barrio era una extensa y tranquila manga. Pero mi mamá siempre supo que esas no son más que trampas de la memoria.

Mientras tanto, nosotros vivíamos en un lugar en el que las plantas crecen porque les hablas, la comida sabe rico porque le cantas, los pájaros aprenden las canciones que les silbas, la enciclopedia ofrece respuestas donde la abras, los habitantes de Pedregal son todas las historias posibles

y los niños buenos siempre encuentran su camino de regreso a casa.

Las flores contaban, así mismo, historias sobre el afuera. En la casa había una floristería en la que se hacían por igual ramos para compromiso que para velaciones. Yugos para matrimonio y coronas para funerales. Los clientes escogían expectantes entre rosas y lirios, astromelias y cartuchos, orquídeas y cardos.

Una pasión parecida se ponía en movimiento tanto para celebrar la vida y el amor como para conmemorar el duelo y la muerte.

La casa fue también bosque de niebla. En las temporadas de trabajo intenso, los días de madres y los días del amor y la amistad, los valdes con agua rebozaban de racimos de heliconias, cartuchos o crisantemos, eucalipto o mirto, pompones y ramas de helecho. El olor fresco de la arcilla mojada se mezclaba con el del barniz de las cestas de mimbre. Las hojas y los pétalos cubrían el piso y las pisadas se multiplicaban sobre ellos en un gesto caleidoscópico.

Mi mamá rotaba el ramo buscando cubrir todos los detalles posibles, considerando todas las perspectivas en las que los futuros observadores se pararían. Mientras tanto, mi hermano y yo cargábamos flores de acá para allá, hacíamos los solitarios, preparábamos los materiales, poníamos los distintivos de la floristería y hacíamos roscas a las cintas para terminar de definir el moño, esperanzados en que ese pequeño detalle surtiera algún efecto estético.

En los velorios y los funerales el arreglo era simplemente una excusa para hablar de otra cosa; para enunciar las consabidas frases: “ya para qué las flores”, “las flores deberían regalarlas en vida”, “en vida, hermano, en vida”. O, para que la muerte siga guardando este olor característico a Lirios o a Nardos. Un aroma que aún ahora me estremece porque siempre estuvo relacionado a ese tipo de acontecimiento. En ese tiempo también se enviaban sufragios con su correspondiente detalle floral a los jueces, los fiscales, los testigos y los dueños de negocios, pero esa es otra historia.

Construimos, en esa familia resguardada de la realidad, una realidad paralela. La realidad imaginada. La ternura adquiriría las formas de historias personalizadas. Sacudíamos el mundo con nuestras fantasías y sueños.

Los yugos eran otra cosa, según la enciclopedia la palabra realmente se utilizaba para nombrar un instrumento de madera que une por el cuello a dos bueyes... Pero la verdad es que eran hermosos, descendían hacia mí como una cascada de flores blancas: phalenopsis, catleas, cymbidiums y gipsófilas que se replicaban en la diadema de la enamorada y en el broche del enamorado. Historias de amor que eran una extensión de nuestra casa y que eran revanchas, no de la imaginación, pero sí de las promesas. Como la que mantiene unida a mi familia.

¿Y en las tarjetas? Mensajes de esos amores, de esos aprecio, de esas despedidas, de esos despedidos. Con esas palabras de apoyo desinteresadas. La inspiración apurada sobre la máquina de escribir porque debíamos llegar a tiempo a ese compromiso sin fecha. ¿Y la puerta? Siempre oscilando entre la vida y la muerte, entre la promesa y el remordimiento, entre lo lógico y lo contradictorio.

Sin embargo, en otros lugares no era así, el sinsabor y el miedo terminaron fijando historias al interior de una sociedad sin futuro porque con el tiempo, igualmente comprendimos que nuestra familia, incluso con sus carencias y sus propios dramas, nunca estuvo confinada en una casa en la que los enemigos eran sus propios habitantes. Un hogar muy diferente a aquellos otros en donde la realidad te tomaba contra sus paredes y puertas te acorralaba con su violencia, con sus abusos, con su incompreensión, con sus frustraciones, con sus deudas. Sitios en los que sí alcanzaba a filtrarse el caos del afuera. Esas casas a las que muchos no querían regresar, por temor a su realidad, a su propia realidad. Casas que hacían que fuera preferible jugar con pólvora, quedarse un rato más en la cancha y no hacer caso a la mamá. ■